

Una de bibliotecarios

Para los egipcios, las bibliotecas eran el tesoro de los remedios del alma. En efecto, en las bibliotecas se curaba la ignorancia, la más peligrosa de las enfermedades y el origen de todas las demás (Jacques Benigno Bossuet, 1627-1704).

Tengo la duda razonable de si en alguno de mis artículos ya he utilizado la cita de Jacques Benigno Bossuet que encabeza el de hoy. No me extrañaría, porque es una afirmación que me encanta y que, por supuesto, suscribo plenamente. Si es así, espero que me disculpen, pero resulta muy útil para ilustrar el tema que apuntaré a continuación.

Hace un par de días, en una conversación informal, surgió un comentario respecto a los bibliotecarios y bibliotecarias. El tópico de siempre. Que si son antipáticos, que si nunca te aclaras nada, que si contestan mal. Me enfureció un poco. No contra la persona que lo decía, que justificaba con experiencias concretas sus palabras, sino por la generalización que llevaban implícitas.

Tengo claro que de gente malcarada hay en todas partes, pero odio los tópicos estereotipados que impregnán nuestra mentalidad. Suelen resultar absolutamente injustos y alejados de lo real, y a menudo provienen de arcanas ideas cargadas de prejuicios. ¿Qué, si no, representa la imagen típica de la bibliotecaria (siempre una mujer, claro) arisca, fea, solterona, mal vestida, seca como un palo y con gafas y moño? Por no hablar del concepto en el que se tiene a la profesión. Sinónimo de trabajo para gente con poco empuje y poca habilidad social, como si fueran una especie de frikis amargados que no sirven para nada más.

Es por este motivo que hoy quiero romper una lanza a favor de todos los archiveros y bibliotecarios que conozco (y de los que no conozco, también). Y lea mis afirmaciones sin pensar que yo también estoy cayendo en generalizaciones. No lo hago. Se entiende que el mundo es diverso y que podemos encontrar en cualquier sitio todo tipo de gente.

Dicho esto, mi experiencia me indica que la especie de los bibliotecarios está formada por personas admirablemente instruidas, auténticos eruditos que 'lo saben todo de todo'. Y perdonad si insisto, pero sé de qué hablo. He pasado en las bibliotecas muchísimas horas de mi tiempo (¡y las que espero que aún me falten por pasar!): Horas magníficas de aprendizaje, recogimiento y descubrimiento. Para llegar a desarrollar el trabajo de bibliotecario, hay que cursar una carrera universitaria, difícil y altamente especializada, que seguramente después deberá ir seguida de prácticas interminables y complicadas oposiciones.

Los bibliotecarios poseen mentalidad ordenada. Son limpios y pulidos. Estructurados. Y esto se convierte en una cualidad imprescindible cuando te conviertes en el guardián de miles de libros. Cuando custodias la sabiduría y tienes cuidado. Cuando sabes que de tu actuación depende su conservación y buen estado. Y, en gran medida, su transmisión.

Por otra parte, no tengo ninguna intención de legitimarlos para la antipatía. Es conocido, sin embargo, que todo el que trata al público desde detrás de un mostrador (sea cual sea el negocio que tenga entre manos) tiene que aguantar más de un exabrupto y que, por tanto, tal vez de entrada se merece un plus de comprensión. Porque... ¿qué haríais vosotros, por poner sólo un ejemplo, si os devuelven un valioso libro desencuadernado, roto o garabateado? Una mínima indignación, supongo. Y os garantizo que estas cosas pasan. Más de lo que creéis.

Que por muchos años tengamos archiveros y bibliotecarios, sacerdotes bien vivos de los templos de los saber. Que por muchos años todos sepamos respetar como se merecen a todas las profesiones que contribuyen a preservar nuestro más preciado patrimonio, la cultura.